

ÁNGELES GOYANES

**EL LIBRO DE MAGIA,
MI PRIMER AMOR
Y LOS PERROS ASESINOS**

Desventuras de una adolescente

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la autora. Todos los derechos reservados.

© Ángeles Goyanes, 2012

ISBN-13:978-1475111453

ISBN-10:1475111452

Quiero dedicar esta magna obra a Julia y a Sara, por ayudarme a fortalecer mi autoestima poniéndola a prueba cada día. A Betsy, por contribuir a que mantenga afinada mi garganta obligándome a gritarle a todas horas (y por otras cositas que ella sabe). A papá y a mamá, que me preparan para sobrevivir con independencia en esa selva que es la vida, pasando olímpicamente de mí desde que recuerdo.

Ah, y para Ángeles Goyanes, que me ayudó con la edición y esas cosas, y que mola mazo como amiga y como ser humano en general.

A Borja no se la dedico porque me daría corte que lo viera.

Patty

Índice

[Amor fraterno y melenas sedosas](#)

[Brujas novatas y dioses griegos](#)

[Noche negra y colmillos blancos](#)



JULIO

AMOR FRATERO Y MELENAS SEDOSAS

Domingo 15 de julio

En mi habitación

10:30

La petarda está pegando gritos abajo, supongo que exigiendo nuevas prebendas a sus esclavos (papá, mamá y yo).

Últimamente se le ha antojado un perrito, y da la vara a diario ordenando que se lo compren.

Papá y mamá no saben qué historia inventar para negárselo. Si fuese yo quien lo pidiera, lo tendrían fácil: me exigirían sacar dos o tres sobresalientes (misión imposible). Pero Betsy saca dieces en todo sin que jamás se la vea estudiar. La detesto.

Hoy es domingo. Día de relajarse, encender una vela de lavanda, poner música chillout y aplicarme una mascarilla de arcilla que mantenga a raya la flora y fauna de mi cutis durante la próxima semana (o los tres próximos días, al menos. Para qué pedirle peras al olmo).

10:45

Betsy ha abierto la puerta de sopetón. ¡Cómo odio que invada mi habitación!

Yo estaba tumbada en mi cama, escribiendo mis sesudos pensamientos mientras esperaba a que transcurriesen los veinte minutos de mi mascarilla, cuando la puerta se abrió de golpe (ella ignora lo que es llamar a la puerta). Como cualquiera puede entender, me puse furiosa.

–¡Te he dicho un millón de veces que no entres sin llamar a mi habitación!

–Pero es que venía a decirte que tenemos una nueva vecina y trae consigo dos perros preciosos.

–¿Y a mí qué me importa? ¡Lárgate! ¡Haces que frunza el ceño y me saldrán arrugas!

Betsy me miró con una expresión que, como un relámpago, fue pasando de la decepción a la tristeza y finalmente al enfado. Es la reina infantil del drama.

–¡Espero que te salga un grano en la punta de la nariz! –me gritó, y se fue dando un portazo.

–¡Encima! –me dije–. ¡Habrás visto!

Estoy tratando de calmarme, olvidar a la plasta de mi hermana, y volver a lo mío. Pero no resulta nada fácil. Me ha costado unos segundos lograr desfruncir el ceño, lo cual era prioritario porque el barro comenzaba a secarse y a cuartearse, sembrando de pedacitos de arcilla verde la pantalla del tablet.

Hasta se me han quedado blancas las yemas de los dedos, de la fuerza con que lo apretaba.

Respiraré hondo y continuaré escribiendo mi diario.

10:50

Porras. No puedo volver a concentrarme. Es imposible. Mejor me pondré a twittear.

18:45

No sé por qué no me dejan poner un pestillo en mi habitación. Mi dormitorio parece el camarote de los hermanos Marx. ¿Por qué se me niega la intimidad más básica? ¿Qué piensan que haré aquí dentro, si se me permite poner un cerrojo, que no pueda hacer en las diez o doce horas que paso fuera de casa cuando voy al colegio? Lo discuto constantemente con mamá, siempre con el mismo resultado.

–¿Por qué no puedo tener un pestillo? –pregunto yo.

–Porque, si tuvieras un accidente, no podríamos entrar –contesta ella.

–¿Qué clase de accidente puedo tener ahí dentro? ¿Qué se me caiga un libro en un pie y me haga un chichón? Estoy segura de que conseguiría abrir la puerta y pedir auxilio.

–Podrías ponerte enferma.

–Casi alcanzo el picaporte desde la cama. ¿Qué enfermedad podría paralizarme tan súbitamente como para impedirme extender el brazo?

–Podría bajarte la tensión y hacerte perder el conocimiento.

–O podría tener unos padres capaces de razonar que, si detesto fumar cigarrillos y no soporto ni que fumen a mi alrededor, es más que improbable que me encierre a fumar un porro en mi habitación.

–Qué cosas tienes. ¡Ni se nos ha ocurrido pensar eso! –mintió, poniéndose roja como la grana.

Puede que a ella no (incluso se azara toda y se sorprende al descubrir que sé lo que es un porro) pero sí a papá, que es de los que creen que en la televisión e Internet está el origen de todos los males, y nos tienen puestos a Betsy y a mí esos seguros infantiles (“control parental”, vaya expresión para describir la censura) en los ordenadores (sí, a mí también). Suerte que todos los adultos son tan bobos que confunden rellenar un boleto de la primitiva con escoger una contraseña (el nombre de un hijo, el de la mujer, el del hermano, la fecha de la boda, la fecha de nacimiento... ¡por favor!). Pero, por muchos cortafuegos que queráis poner a mi vida, no podréis evitar que fisgonee por todas partes y me adentre en el oscuro mundo de Internet en busca de respuestas sobre sexo. C’est la vie!

21:00

¡Increíble! No ha perdido el tiempo. Al piojo se le antojó hacer galletas para llevárselas a la nueva vecina, un mero pretexto para conocer a sus perros, y mamá me obligó a ayudarla. ¿Acaso me trajeron al mundo con la única finalidad de cuidar, proteger, entretener y supeditar mis deseos y necesidades a las de esa niña? Pero eso no es lo peor. Noto un bultito doloroso y muy rojo justo en la punta de la nariz. ¡Un grano en ciernes de la peor especie, de los que acaban por volverse enormes y purulentos! Y es tan raro que eso ocurra justo cuando acabo de ponerme mi mascarilla de barro antiespinillas...

¿Será posible que la maldición de Betsy vaya a cumplirse? ¿Tendré que verme reducida a sirvienta de mi hermana bruja el resto de mis días? De momento, mañana por la mañana estoy sentenciada a acompañarla a casa de la vecina para llevarle las dichas galletas.

¡Qué vidorra la de mis padres, que al parecer me concibieron únicamente como canguro de su hija predilecta!

Lunes 16 de julio

16:00

En primer lugar, según estaba programado en el orden del día de mis ocupaciones como criada y señorita de compañía de mi hermana, esta mañana llevé a ese piojo malcriado a casa de la vecina. Fui obligada a cargar yo misma con la dichosa bandeja de las galletas; ni soñar con que la princesa se dignase a acometer tan terrible esfuerzo. Demasiado pesada para ella. ¿Cómo es que, sin embargo, si puede cargar con mi portátil cada vez que se le antoja mangármelo?

¡Me sentía tan ridícula cuando la vecina abrió la puerta y me encontró allí plantada, con las galletitas de bienvenida, como en la escena de una película de los años cincuenta!

No tardó en darse cuenta de que la parodia obedecía únicamente al desafortunado interés de Betsy por conocer a los perros (su: “Hola, soy Betsy. Bienvenida al barrio. ¿Puedo ver a tus perros?”, lo dejó bastante claro), lo que me hizo sentir más incómoda aún. Por suerte, Ana, así se llama, se mostró muy amable y comprensiva. Nos invitó a entrar y a tomar una merienda, y, mientras Betsy iniciaba un acercamiento a los perros, unos dobermans de aspecto bastante intimidatorio, estuvimos charlando.

Es muy mona y simpática, delgadita, con el pelo largo de color castaño que hoy llevaba peinado en una coleta, quizá porque pensaba salir a correr antes de que llegáramos. Llevaba un chándal muy chulo. A pesar de que tiene veintiséis años no tiene el aspecto de vieja que cabe esperar. Todavía se conserva bien. Dice que ha estado casada (bueno, aún lo está. Su marido y ella solo están separados, pero ella habla de él muy en pasado, como si ya estuviesen divorciados y su vida en común hubiese sido un error que intenta olvidar), pero no tiene pinta de señora. Se ha mudado sola para iniciar una nueva vida. Pero lo que más mola es que ¡es esteticista! La verdad, yo no sabía del todo lo que era eso, pero ella me ha explicado que consiste en hacer limpiezas de cutis, dar masajitos faciales, aplicar mascarillas y todo tipo de untes a las señoras, y maquillarlas. ¡Flipo en colores! ¡Eso es una profesión! ¡En serio! Este descubrimiento ha abierto una nueva y maravillosa senda vocacional ante mis ojos. ¡Quién iba a decirme que en los rituales de belleza que mi madre tanto me critica, y que llama perder el tiempo y tirar el dinero, se encuentra en realidad mi futuro profesional! De ahora en adelante practicaré aún con más ahínco.

Volviendo a Ana, seguro que es gracias a lo mucho que se cuida desde que tenía mi edad que no está ya hecha una pasa, como debería. Una razón más para pasar de mamá cuando me dé la brasa con sus monsergas sobre la vanidad, superficialidad, coquetería, y lo absurdo de cuidarse tanto la piel cuando se tienen catorce años, porque a esa edad se es guapa de forma natural. ¿En serio? ¿Te hago una lista de personas cuyo aspecto contradice esa afirmación? Bueno, dejémoslo. Pobres. Es la forma que tienen los viejos de

engañarse a sí mismos pensando que hubo un día lejano y olvidado en que fueron guapos.

Los perrazos, Bonnie y Clyde, estaban en la cocina con nosotras. Clyde, tan alto como yo cuando se familiarizó un poco con mi presencia y quiso demostrarme su simpatía apoyándose en mis hombros para ponerse de pie y poder mirarme a los ojos, y Bonnie con sobrada fuerza como para tirar a Betsy al suelo en cuanto intentó mostrarse cariñosa con ella. Es lo que, supongo, consideran un gesto afectuoso, su equivalente a un abrazo, pero resulta de lo más intimidatorio ver sus colmillos a medio centímetro de tus ojos mientras luchas por mantener el equilibrio. Si no que se lo digan a Betsy, que de repente se vio aplastada bajo el peso de Bonnie, con su carota llena de dientes jadeando y salivando sobre la boca de ella. Se cubrió la cara, gimiendo, hasta que pudo girarse y medio sentarse, y se quedó allí, aturdida y confusa, con cara de no saber si llorar o gritar de miedo, y con el cuerpazo del bicho encima, que parecía un dinosaurio a su lado. ¡Ja, ja! ¡Cómo me reí! Pero fue una escena breve, por desgracia. Dada la expresión de pánico del piojo, Ana se apresuró a ayudarla a levantarse y la calmó explicándole que los perros son muy buenos, que les gustan mucho los niños y solo quieren jugar, y ese tipo de cosas. Como era de esperar, el piojo ya le ha robado el corazón también a Ana.

Aunque me cueste admitirlo debo decir que, una de las razones de que deteste a la otra que salió del cuerpo de mi madre, es que, en el sorteo del ADN, se llevó las mejores papeletas (bueno, genes o cómo se llame eso). Me da asco de puro adorable, con su pelo rubio, brillante, sedoso y ensortijado, su odiosa vocecilla encantadora y sus ojos azules de querubín. El centro de todo el mundo. Aparece ella y las conversaciones cesan, las miradas se vuelven y todos se ponen automáticamente en modo “adorar a criatura celestial.” ¡Puaj! ¿Y qué quedó para mí? Una silueta tipo botijo, un cutis cetrino y grasiento que exige constantes cuidados simplemente para no convertirse en un caldo de cultivo de bacterias, unos labios demasiado finos, unos ojos del montón con pestañas cortas y tiesas, y, cómo no, un pelo fino, lacio y sin cuerpo con el mismo color que el de la mitad de la humanidad. Del montón, y del medio del montón, además. O del medio para abajo.

Bueno, después de la escenita, los pobres perros metieron el rabo entre las piernas, como arrepintiéndose de su torpeza al haber asustado a la niña boba, y se quedaron tan abochornados que Ana la hizo acariciarlos para que se sintiesen mejor. Betsy olvidó el susto en un pis pas y volvió a hacerse amiga de ellos, que a partir de ese momento se mostraron menos efusivos. Esta reconciliación me fastidió, porque si resultaba que la niña de papá salía con un grato recuerdo de la visita, a su sirvienta particular le tocaría volver a acompañarla a jugar con los perros cuando se le antojase.

Ya no es solo por mí misma, es que no quiero convertirme en una plasta para Ana y que acabe por no abrir la puerta cuando llamemos. Porque, en resumen, Ana me gusta mucho. Es como la hermana que siempre quise tener (la que tengo es la que jamás quise tener, huelga decirlo).

En fin, como me temía, cuando veníamos de regreso a casa, la favorita de mis padres intentó lavarme el cerebro para que volviese a llevarla mañana a jugar con los perros. Por esta vez, lo haré, porque Ana se ha ofrecido a revisar mi neceser de “potis” (potingues) para comprobar que sean los más adecuados para mi tipo de piel. También me ha regalado un frasquito de algo llamado aceite esencial del árbol del té, que dice que es excelente contra las bacterias,

para que me lo aplique sobre la nariz e intente abortar el crecimiento del grano que, sin duda, ha brotado como consecuencia del mal de ojo que me ha echado mi hermana.

Después de la visita llegué a casa tan feliz, creyéndome liberada de mis obligaciones fraternas, con la ilusa intención de coger la bolsa de deportes que ya tenía preparada, y salir corriendo hacia la piscina, donde había quedado con Julia y con Sara. ¡Inocente!

–Tienes que quedarte con Betsy –me ordenó mamá–. A la tía Cris le han robado el bolso y la pobre está medio histérica. Me necesita para acompañarla a la comisaría.

–¿Y por qué no llevas a Betsy con vosotras? Sin duda en el futuro visitará comisarías continuamente, siempre acompañada por una pareja de oficiales armados. Es bueno que vaya inspeccionando el terreno.

–No seas desconsiderada, Patricia.

¿Cómo se las ingenian para hacerme quedar siempre como la mala? ¿Son conscientes de los traumas indelebles que me están infligiendo?

Martes 17 de julio

22:00

Después de disfrutar de la piscina, Sara y Julia tuvieron la deferencia de pasarse por casa. El grano incipiente ya estaba claramente visible, y fueron todo consuelo y animación.

–Parece que te ha aterrizado un platillo volante sobre la nariz.

–O que está creciéndote una nariz de payaso sobre la tuya.

Siempre tienen la palabra oportuna.

Estuvimos depilándonos las cejas las unas a las otras mientras me contaban que los padres de Sara se irán de viaje en unos días y sus hermanos piensan dar una fiesta.

–Les amenacé con dar el chivatazo a menos que pudiese llevar a quien yo quisiera. ¿Qué pensáis ponerlos? ¡Ay, Pat, ten cuidado!

–¿No quieres que te las deje finas? Pues para eso voy a tener que quitar un millón y medio de pelos –le repliqué. Verdaderamente allí había más pelos que en el bigote de Groucho Marx.

Y entonces, en el cristal de la ventana descubrí el reflejo del piojo espiando junto a la puerta.

–¿Quién te ha dado permiso para entrar! –me desgañité, girándome al instante hacia ella.

El piojo ni se inmutó; debe de estar acostumbrada.

–¿Puedo ir a la fiesta? –preguntó, la muy boba.

–Naturalmente que no. No se admiten crías.

–¡Pues se lo diré a mamá!

–¡Dile lo que quieras, pero lárgate de aquí!

Se dio media vuelta poniendo un ridículo puchero de estar a punto de llorar, la muy mimada, y me gritó:

–¡Espera y verás! ¡Se te va a caer el pelo!

Y, como es su infantiloides costumbre, acompañó la amenaza con un sonoro portazo.

Yo no cabía en mí de indignación. ¿No le bastaba con haberme esclavizado el día entero anterior, que también tenía que venir a fastidiarme el que podía ser mi único rato mensual de asueto?

–¿Habéis oído? ¡Encima me amenaza! –Y grité más fuerte, para que ella me oyera–: ¡A ti sí que se te va a caer el pelo!

Me desahugué soltando unas cuantas bravatas y luego miré a mis amigas en busca de apoyo emocional. Algo que no está en su diccionario.

–No deberías ser tan agresiva con Betsy; es una niña muy dulce.

–La tendrías comiendo en la palma de tu mano si te mostrases más cariñosa.

¡Oh, Brutas! ¿Vosotras también, hijas mías?

¿Es que no hay nadie capaz de resistirse al hechizo de esa niña?

Discutí con mis supuestas amigas acerca de nuestro diferente enfoque de la lealtad, y luego aproveché para explicarles lo de la extraña casualidad de que el horrible grano de la punta de mi nariz hubiese emergido justo un rato después de la maldición de Betsy “¡Espero que te salga un grano en la punta de la nariz!”, y ello justo cuando acababa de realizar mi segundo ataque preventivo de la semana, con la gruesa mascarilla de arcilla.

–¡Qué horror! Eso demuestra que tu hermana es una bruja poderosa – exclamó Sara, con los ojos desorbitados de fingido espanto.

Se partieron de risa durante un buen rato, y al final me enfadé y les dije que para estar en ese plan mejor se largaban.

Ahora voy a darme una buena ducha y aprovecharé para aplicarme mi nueva mascarilla capilar voluminizadora con aroma a jazmín. Eso me relajará.

22:30

¡Dios santo! ¡Dios de los cielos! ¡Dios del universo!

¡Es una bruja! ¡Lo es! ¡Una bruja verdadera con auténticos poderes demoniacos!

¡Ay, Señor! ¡Qué tragedia más horrible!

¡Mi vida se ha acabado! ¡Mi ducha relajante se ha convertido en el fin de mis días!

¡Me apliqué la mascarilla voluminizadora en el pelo, me lo enrollé con una toalla y lo dejé reposar quince minutos, y al desenrollar la toalla todo mi cabello se había desprendido de mi cabeza y estaba pegado a la toalla! ¡Todo!

¡Confundí el tarro de la mascarilla con la crema depilatoria!

¡Estoy calva!

¡¡Calva!!

¡¡¡CALVA!!!

¡¡¡CALVA!!! ¡¡¡CALVA!!!

¡¡¡CALVA!!! ¡¡¡CALVA!!! ¡¡¡CALVA!!!

Miércoles 18 de julio

23:30

Hundida en la depresión.

Jueves 19 de julio

22:30

Me he pasado el día llorando en la cama. ¿Cuánto tiempo tardaré en recuperar una melena aceptable? Si el pelo crece un centímetro al mes, en unos quince o veinte meses podrían hacerme uno de esos horribles cortes Bob de estilo francés. Menos es nada. No pienso salir de casa hasta entonces.

Viernes 20 de julio

12:00

Continúo postrada en mi lecho de dolor.

Mamá está contrita por lo sucedido, ya que fue culpa suya dejar el bote de crema depilatoria en la ducha, entre el resto de cosas. No se lo reprocho. Estoy segura de que obró sometida a los poderes de Betsy. Ella me ha hecho esto. Ni siquiera Julia y Sara podrán negarlo ahora. Delante de sus mismísimas narices gritó: "¡Se te va a caer el pelo!", y en cuestión de horas me sucedió esta tragedia. Por cierto, me han llamado varias veces pero no he querido ponerme. Si se lo cuento y se parten de risa (y no me cabe duda de que lo harán) tendría que odiarlas para siempre. Y no tengo ganas de hacerlo.

No tengo ganas de nada.

Sábado 21 de julio

13:00

Mamá ha ido a comprarme un amplio surtido de gorros, gorras y sombreros con el propósito de conseguir que abandone mi tumba. Hasta ahora me ha traído las comidas a la cama y ha impedido la entrada de la bruja, cumpliendo mis deseos. Pero mi trato de favor parece haber llegado a su fin y se me intenta forzar a regresar a la vida (no por mi bien, sino para que deje de causar molestias extras).

Mamá no paró hasta conseguir que me levantara para probarme los gorros. ¿De verdad cree que tengo ganas de enfrentarme a un espejo? Para que me dejase en paz, me los probé (apartándome del espejo hasta tenerlos bien colocados, claro. Temo morir de un paro cardiaco si me veo reflejada). Algunos son monos, pero, a menos que me los cale hasta las cejas, se nota que soy calva. Un sombrero por el que no asoma algo de pelo queda espeluznantemente extraño y sospechoso.

13:45

Lo que de verdad estoy considerando es convertirme al Islam. Así podría envolverme de arriba abajo como en un capullo de seda negro, dejando apenas una pequeña mirilla para los ojos, y se acabarían mis problemas para siempre. Ya no tendría que preocuparme por los granos, los kilos de más, los labios finos, las bolsas, las ojeras, la grasa, la palidez, el peinado (el no peinado, en este caso), el qué me pongo...

Esas mujeres musulmanas sí que saben.

14:00

Obviamente, al haberme convertido en una bola de billar gigante, el asunto de mi grano en la nariz pasó a segundo plano. Sin embargo, ha seguido creciendo a sus anchas hasta convertirse en un asqueroso garbanzo purulento.

No creo que eche de menos mi adolescencia.

14:30

Mamá intenta obligarme a que, a partir de hoy, coma con todos y me reincorpore a la vida. Odio la idea. Significa que tendré que ver la cara de la

pérfida Betsy burlándose y celebrando su triunfo. Le pedí que la diese de comer a ella antes o después que a mí, idea que no pareció gustarle.

–¡Cómo se te ocurre algo así! Pobrecita tu hermanita, con lo que te quiere y lo mal que te portas con ella.

¿Qué tendría que ocurrirme para que, por una sola vez, mis sentimientos estuviesen por delante de los de Betsy? ¿Qué me hallase en un féretro, despedazada por los perros de la vecina, o triturada bajo las ruedas de un camión?

17:00

Sabía que era inevitable que tarde o temprano padeciese una comida familiar en el comedor, así que decidí enfrentarme a la situación cuanto antes.

Me puse un nuevo gorro más grande, en sustitución del que vengo usando para andar por la habitación y dormir (por supuesto, duermo con la cabeza cubierta desde el principio de la tragedia. No tengo intención de correr el riesgo de tocármela por accidente y sentir... eso, o de levantarme y mirarme al espejo y ver... eso), y luego rebusqué en el armario hasta dar con el crucifijo de mi comunión y con una medallita de la Virgen que me regalaron al nacer, y me los colgué los dos. Creo que surtieron efecto y me protegieron de la maldad de mi hermana, porque estuvo modosa y hasta (todo ello, indudablemente, cumpliendo órdenes de mamá) dijo:

–Siento mucho que te haya ocurrido un accidente. Anímate, el pelo crece en seguida.

¿Accidente? Ya... Pero, como siempre, consiguió parecer un ángel, y mamá la miró con orgullo y satisfacción.

21:30

Julia y Sara se han presentado en casa, pero no estaba preparada para verlas, así que le pedí a mamá que les dijera que estaba castigada y no podía recibirlas. Pero, como me moría por contárselo todo (acerca de los poderes de Betsy) las llamé más tarde.

Tuve que reunir todas mis fuerzas para contarles el resultado de la maldad de Betsy sobre mi persona, porque sabía que, al igual que mi madre, no tienen la empatía muy desarrollada.

Se partieron de risa.

Una vez más, mi sucedáneo de amigas ha intentado hacerme sentir como una paranoica, además de completamente idiota.

Cuando sus carcajadas se lo permitieron, me dijeron:

–¿No creerás de verdad que tu hermana es una bruja solo porque has sufrido un tonto accidente? Le puede suceder a cualquiera, bueno a cualquier tonta. Pero no digo que tú tengas ni un pelo de tonta ¿eh?

Jopé. Si mis amigas se portan así, ¿qué puedo esperar de la peña del colegio?

En fin. Media hora más de carcajadas a son del chistecito fácil.

Cuando por fin el estruendo de las risas me permitió meter baza, les expliqué:

–Ella dijo: “Se te va a caer el pelo”, y el pelo se me cayó. Dijo: “Te saldrá un grano en la punta de la nariz”, y me salió un grano en la punta de la nariz, cuando, después de aplicarme la mascarilla desincrustante, era biológicamente imposible.

–Paparruchas.

–¿Paparruchas? ¿Qué palabra es esa?

–La dicen mucho en los libros antiguos. Molan. Todas las chicas son muy rectas y sensatas, y rozan la perfección, al contrario que tú.

La conversación se alejó de mis problemas por derroteros absurdos y acabé por hablarles de mi vecina Ana, a cuenta del aceite que me había regalado para acabar con el grano, y, al descubrir que es esteticista, mis tristes desventuras dejaron de interesarles incluso como chiste.

–¿Nos la presentarás mañana? –me preguntó Sara con ansia.

–Quizá no lo recuerdes, ya que mis tragedias personales no te afectan en lo más mínimo, Sara, pero mi aspecto físico me impedirá pisar la calle en muchos, muchos meses.

–¿Y qué piensas hacer cuando empiece el colegio? Solo tendrás dos centímetros de pelo.

¿Qué haré? No lo sé. No me lo había planteado...

Domingo 22 de julio

10:30

Tras el ventanuco de mi celda, desde el cual veo pasar la vida en estas tristes horas, he atisbado a Ana paseando con Bonnie y Clyde. Betsy, que estaba jugando con mamá en el jardín, los vio también, y no perdió un segundo en correr a molestar a los pobres animalitos.

¿Por qué dicen que los dóbermans son tan violentos? Ojalá fuese así, pero fue decepcionante la afectuosidad que derrocharon al verla, meneando el rabo y echándosele encima emocionados. Lo bueno es que volvieron a derribarla. Pero eso fue todo. Esta vez ni siquiera pareció asustarse.

11:30

Mi gorro favorito es de lana suave y finita, de color beis, con una pequeña visera y un abultamiento por detrás donde las mujeres normales pueden meter su melena. Me queda lo bastante grande como para que parezca que esa es la única razón de que no se me vea ni un solo pelo por ningún lado. ¡Ojalá lo fuese!

Como la bruja se quedó sin visitar a Bonnie y a Clyde a causa de los efectos de su maldición sobre mi persona, mamá ha intentado convencerme para que la acompañe hoy. ¿Qué sucede con la empatía de esta señora? ¿No comprende que ni una sola mujer del mundo querría pisar la calle en mis circunstancias?

–Oye, mamá, ¿soy adoptada?

–Pero qué tonterías dices.

¿Por qué me pareció tan poco convincente su respuesta?

21:00

Ha transcurrido otro día de lastimosa soledad. Me llamó Sara para hablarme de su fiesta. Aún no tiene fecha porque sus padres han retrasado la salida de su viaje, pero es seguro que se irán. Está entusiasmada, y pretendía llevarme a comprar algún nuevo modelito. Para animarme, según ella.

–Tengo el aspecto de un bebé gigante –le dije–. Es posible que para cuando mi pelo luzca como para ir a una fiesta ya sea mayor de edad. ¿De

verdad piensas que tengo ganas de acudir a la tuya con una boina calada hasta las cejas?

–No seas tan dramática y mira el lado bueno.

–¿Cuál? ¿Será una fiesta de disfraces? En tal caso podría disfrazarme de huevo. O de bola de billar.

–Los sombreros están muy de moda. Mira las revistas del corazón. Todas las señoras los llevan en las bodas.

–Oh, qué suerte. Entonces esperaré a ser señora y me pondré uno en tu boda.

–El sarcasmo no te hará crecer el pelo más rápido, y no puedes tirarte tres meses encerrada en casa.

–Ojalá fuesen solo tres. No pienso ir a una fiesta con ningún tipo de sombrero. Olvídalo.

–Debes ir acostumbrándote a salir. Te recuerdo que en menos de dos meses empieza el colegio, y no vas a tener una mata de pelo muy abundante para entonces.

–Lo sé. Estará inaceptablemente corto durante al menos dos años. Y para entonces solo podré llevar una corte tipo Bob, que es de esos que hacen que tu cabeza parezca un casco de minero. Pero como no pienso pisar el colegio hasta entonces, cuando vuelva diré que estuve en París y que me lo cortó allí un estilista parisino, y así no me criticarán tanto.

Sí. Ya lo había estado meditando antes de contárselo a Sara. Hasta ese momento (los dos años que han de transcurrir hasta que mi peluquero de ficción me haga el corte Bob) tendré que buscar un hogar alternativo. Huiré de casa, vamos. De lo contrario no habrá forma humana de que me escaquee de las clases. Al igual que hoy se me ha conseguido obligar a comer con todos, se me obligará a ir al colegio desde el mismísimo primer día.

Con una pelusilla por pelo.

Ni en sueños.

Solo me queda decidir a dónde iré durante ese tiempo.

Lunes 23 de julio

11:00

He pasado la noche medio en vela estudiando mis posibilidades. Son bastante escasas y poco atractivas:

a) Fingir que he recibido una súbita llamada del Señor e ingresar en un convento de clausura durante los próximos dos años. (O por más tiempo, si me gusta. Seguro que mi vida allí es más feliz que la que llevo fuera.)

b) Dirigirme a los bajos fondos en busca de información sobre alguno de esos talleres clandestinos donde gente desnutrida fabrica zapatillas de deporte y cosas así, y suplicar al esclavista jefe que me acoja en su zulo a cambio de trabajar para él catorce horas diarias.

c) Pelearme con los gatos y los mendigos por los restos de comida caducada o sobrante en las puertas traseras de supermercados y restaurantes, y por un trozo de cartón y una esquina en las estaciones de metro.

d) Resignarme al infierno de soportar dos traumáticos años, sometida a todo tipo de burlas, vejaciones y humillaciones por parte del colegio en pleno, que traumatizarán para siempre mi personalidad y determinarán mi futuro.

¿Cuál escojo? ¿La a, la b, o la c?

22:30

Por fin permití que Sara y Julia vinieran a casa. Era la otra cosa a la que ineludiblemente debía enfrentarme.

Durante todo el tiempo tuve puesto mi gorro beis calado hasta las cejas y, por si se les ocurría romper mi prohibición de no acercarse a mí a menos de tres metros (prohibición que establecí en la seguridad de que intentarían arrancarme el gorro para verme calva y mofarse), me coloqué un gorro de natación debajo. Claro que mi aspecto no es muy diferente con ese gorro de goma que sin él.

–¿No te da calor? –me preguntó Julia.

–¿Tú que crees, si es de lana y estamos en pleno verano? Pero evita que, por accidente, pueda ver mi cabeza reflejada en alguna parte. Últimamente todas las superficies me parecen espejos. Y, aún más importante, evita que me toque sin darme cuenta. No tenéis ni idea de la grima que da notarlo todo liso y suave y sensible...

–¡Puaj!

–¡Agh!

Sí. Ellas siempre encuentran las palabras adecuadas para hacerme sentir mejor.

–¿Creéis que será fácil conseguir un pasaporte falso?

–Seguro que si preguntas a algún camello por la zona centro acabarás por dar con alguien que te venda uno. Pero ¿a dónde irías?

–Buscaría trabajo como *au pair* en Inglaterra.

Era mi nueva opción, la “e”. La había descubierto buscando vías de escape alternativas por Internet.

–¿Y eso qué es? –me preguntaron a dúo.

Obviamente mis paletas amigas no son mujeres de mundo como yo.

–Son jóvenes que reciben alojamiento y manutención en la casa de una familia, a cambio de cuidar de los niños y realizar pequeñas tareas del hogar.

–Y la idea se te ha ocurrido debido a lo mucho que amas a los niños –observó Julia.

–No me disgustan los niños en general, solo una niña en concreto.

–No me parece ningún chollo –comentó Sara–. Es como ser una esposa, pero sin prerrogativas maritales. Oséase, sin sexo. ¿De verdad hay gente que acepta eso?

–Pues sí. Lo hacen para aprender el idioma.

–Tu padre es medio yanqui. Tú ya hablas el idioma.

–Pues por eso no me horroriza la idea. Lo único que necesito es un refugio mientras sea una leprosa social. ¿Me acompañaréis al centro a buscar algún delincuente que me falsifique un pasaporte?

Cruzaron una mirada.

–Vale, pero tú nos tienes que presentar a tu vecina.

–Estoy sumida en un lecho de dolor, asaetada por todo tipo de preocupaciones, y ¿piensas que tengo ganas de salir a la calle, a exponer al mundo mis penurias, como si tal cosa?

–Con el gorro no se te nota nada. Y puede que te dé algún ungüento que rebaje tu grano.

–Como si me importase el grano ahora.

–Pues debería importarte. Parece un forúnculo de la peste negra.

–Sí. Es tan grande como la joroba de un camello, solo que llena de pus.

–¿Me podéis recordar por que os llamáis mis amigas?

–Vale, diré algo que te animará –empezó Sara–. Yo opino que tu calvicie tiene muchas ventajas. En primer lugar, supone un innegable ahorro de tiempo. Se acabó pasar una hora peinándote cada mañana, y en segundo lugar, con el ahorro económico a lo largo de tantos meses en champús, acondicionadores, mascarillas, ceras, sueros, lacas, geles fijadores, cortes en la peluquería, reposición de secadores, alisadores y rizadores, podrás comprarte un montón de ropa, libros y música.

Julia hizo un animado gestito de aprobación.

En plan zombi, yo respondí:

–Chupi.

FIN DE LA MUESTRA

¿Te gustaría seguir leyendo? [¡Pulsa aquí!](#)